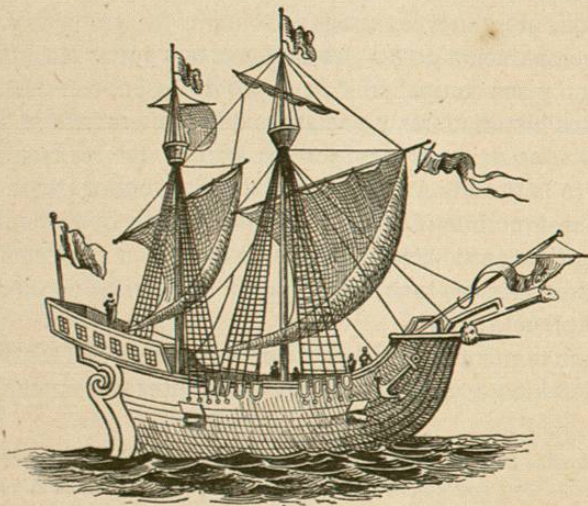


dores al recuerdo y fama universal que los argonautas, y su barco *Victoria* merece, con mayores títulos que el *Argos*, figurar en los anales históricos.»

Los pocos expedicionarios que regresaron en compañía de del Cano, además de la justa fama que alcanzaron, obtuvieron considerables beneficios pecuniarios, pues las quinientas treinta y tres arrobas de clavos de especia que constituían el cargamento de su buque produjeron tal rendimiento que el costo de la escuadra fué cubierto con exceso, quedando un buen sobrante para repartirlo entre la tripulación. Todos alcanzaron un buen dividendo; además se les dió una considerable gratificación, y á del Cano se le asignó una pensión vitalicia de 500 ducados, y un escudo conmemorativo del descubrimiento de las islas de las Especias, cuya cimera ostentaba un globo terráqueo con esta inscripción: *Primus circumdedisti me* (tú eres el primero que me has rodeado) (1).»

(1) Juan Sebastián del Cano, que vió en Valladolid al emperador Carlos V, obtuvo de éste, como premio principal de su atrevida empresa, título de nobleza con un escudo de armas: en su primera mitad, en lo alto, llevaba en campo de gules un castillo de oro; en la mitad inferior, un campo dorado sembrado de especería con dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa y dos clavillos de especia; encima un yelmo con la visera calada y por cimera un globo con la citada inscripción.

(N. del T.)



*La Victoria*. De un grabado en madera del siglo XVI



Francisco Pizarro. De un grabado del siglo XVI

#### FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA DEL PERÚ

Más de diez años habían transcurrido desde que Vasco Núñez de Balboa descendiera, el 29 de septiembre del año de 1513, de las montañas que cruzan el istmo de Darién para tomar posesión solemne del Mar del Sur y de todos los países colindantes.

Ya en el primer volumen de nuestra obra hemos consignado que Balboa en aquella época había logrado obtener noticias precisas acerca de un gran reino situado al Sur, y que se había ocupado asiduamente en el plan de descubrir y conquistar dichos territorios, el cual plan quedó paralizado á causa de las intrigas de que el descubridor del mar del Sur fué víctima por parte de su rival Pedro Arias Dávila.

En el año de 1522 el caballero Pascual de Andagoya, nombrado inspector general de los indígenas del istmo de Darién, volvió á ocuparse en el proyecto de Balboa, y al efecto emprendió una travesía á los territorios situados al Sur de la bahía de San Miguel, donde el cacique de la comarca de Chuchama se le quejó de que su pueblo sufría los frecuentes ataques de los habitantes de Birú, distrito situado más al Sur. Andagoya prome-

Facsimile de una firma de Pizarro

tió auxiliar á los oprimidos, y en unión de éstos y de un refuerzo que pidió á Panamá, combatió á los biruanos; pero las víctimas que entre sus gentes causaba la fiebre, de la que él mismo sintióse violentamente atacado, obligáronle á emprender el regreso. Una de las consecuencias de su viaje fué, que el nombre de Birú, que primitivamente sólo designaba un pequeño distrito, se extendiese á todos los países de la costa occidental de la América del Sur hasta los 18° de latitud meridional, y que las expediciones organizadas á éstos se denominasen sencillamente *Travesías á Birú*. Este nombre transformóse en el de Perú con el tiempo.

La primera de estas travesías fué proyectada por un rico plantador de la Española llamado Juan de Buzurto, pero sorprendióle la muerte cuando preparaba el viaje.

En su lugar, tres hombres audaces hasta la temeridad, tomaron á su cargo la empresa de conquistar el Birú en el año de 1519.

Los tres eran habitantes de la floreciente ciudad de

Panamá, y el primero de ellos fué Francisco Pizarro, hijo natural del capitán Gonzalo Pizarro y de Francisca González. Cuéntase que, nacido en Trujillo (Extremadura), en el año de 1471, fué abandonado por su madre á la puerta de una iglesia. Las noticias de los cronistas están contestes en que Pizarro había guardado cerdos en su juventud, por lo que sus enemigos políticos, cuando Pizarro llegó al apogeo de su poder, le motejaron llamándole *el porquero*. La educación intelectual del futuro

Facsimile de una firma de Pizarro

virrey del Perú era por demás deficiente, pues ni sabía leer ni escribir, viéndose obligado á que todos los documentos que debían llevar su rúbrica fuesen firmados por un escribano, poniendo él tan sólo á los lados los dos garabatos que se ven en los dos facsímiles que reproducimos.



Diego de Almagro.

(De un grabado del siglo XVI inserto en la *Historia general de los hechos de los Castellanos* de Herrera)

El primero data de la época en que penetró Pizarro en el Perú; el segundo del período en que fué agraciado con el título de marqués, y el cual título se ve antepuesto al nombre del conquistador. Francisco Pizarro había estado en el Darién con Ojeda el año de 1509, y distinguiéndose en algunas campañas por su audacia como soldado.

El segundo de los tres hombres que acometieron la empresa del descubrimiento del Perú era Diego de Almagro, también de obscuro origen, y que según parece nació en el año de 1463 en Almagro, provincia de Ciudad Real. Era también hombre de armas y muy experimentado en la guerra contra los indígenas. Su carácter era más íntegro y resuelto que el de su compañero Pizarro y poco dispuesto á hacer uso de la intriga.

El tercero, llamado Hernando de Luque, era un eclesiástico, que había sido arrojado por un temporal al Darién, de cuya catedral fué maestraescuela, y luego desempeñaba las funciones de cura en Panamá, habiendo adquirido con tal caracter grandísima importancia.

Siendo como era cosa sabida que la corona de España rara vez abría sus arcas para facilitar medios á las expediciones marítimas, dirigieron Pizarro y Almagro á Luque á fin de que facilitase el dinero necesario para llevar á efecto la empresa que se proponían, mientras ellos tomaban por su cuenta el alistamiento ó enganche de las tropas y tripulaciones y preparaban los barcos.

La energía y los esfuerzos de estos tres hombres consiguieron poner á flote hacia fines del año de 1524 dos barcos, el primero de los cuales salió del puerto de Panamá el día 14 de noviembre con 112 hombres á las órdenes de Pizarro. Se había convenido que Almagro le seguiría con el segundo barco después de reunir víveres y tripulaciones. Entre grandes borrascas, cruzó Pizarro hacia las islas de las Perlas y desde allí al continente, cuyas costas estaban cubiertas por todas partes de impenetrables y pantanosos bosques que exhalaban pestilentes miasmas engendrados de fiebres, y cuyo ambiente era una verdadera nube de mosquitos. Después de setenta días de navegación, cuando largaron anclas en una bahía de regulares condiciones, habían muerto ya 34 personas á consecuencia de las fiebres, y esto sin haber conseguido nada provechoso al objeto que guiaba la expedición. Como hubiesen disminuído bastante las provisiones, envió Pizarro el barco á Panamá, al mando de Montenegro, para que volviese dentro de doce ó catorce días con víveres. Pero Montenegro invirtió setenta y cuatro días en la travesía, y al volver á la bahía, á la que más tarde dieron el nombre de Puerto del Hambre, se encontró con que la miseria había hecho tales estragos entre la gente de Pizarro que sólo quedaban sesenta personas.

Toda la energía de Pizarro fué necesaria para que aquellos desgraciados, en la fiebre delirante producida por el hambre, pues se alimentaban de animales marinos, caracoles, lagartijas y frutos dulces ó amargos, no se entregasen con loco arrebató á la ejecución de actos criminales. Algo fortalecidas aquellas pobres gentes con las provisiones que llevó Montenegro, continuaron el viaje hacia el Sur y descubrieron sobre la cima de

un monte un pueblo indígena rodeado de empalizadas, y cuyos habitantes huyeron al aproximarse los españoles. En sus chozas hicieron acopio en gran cantidad de provisiones de maíz y de cacao como también de crecido número de adornos y vasijas de oro; pero á la vez tuvieron ocasión de convencerse, con toda seguridad, por el contenido de algunos calderos puestos al fuego, de que aquellos indígenas eran antropófagos.

Hallábanse los españoles ocupados en la distribución del botín, cuando fueron acometidos de improviso por gran número de indios. En el encarnizado combate que se entabló, murieron cinco españoles y fueron heridos diecisiete, entre ellos Pizarro, éste tan gravemente que cada una de sus siete heridas podía considerarse mortal. A la oportuna intervención de Montenegro, que regresaba de realizar algunas correrías, debieron su salvación los españoles, que pudieron ser transportados al barco. Como de momento no había que pensar en volver á penetrar en el país, regresaron á Panamá cargados con los tesoros tan costosamente pagados.

Almagro, que entretanto había salido de Panamá con el segundo barco para llevar á sus compañeros setenta hombres y provisiones, llegó poco tiempo después al saqueado pueblo, en el cual tuvo que sostener también sangrientos combates con los naturales, en uno de cuyos combates perdió un ojo. A pesar de esto no desistió de buscar á su compañero de armas; asaltó durante el viaje hacia el Sur algunos otros pueblos, descubrió el Río de San Juan á los 4° de latitud Norte, y no habiendo hallado por parte alguna huellas de Pizarro, volvióse á Panamá con un botín que constituía un verdadero tesoro.

Aunque esta tentativa no llegó á realizar el descubrimiento del verdadero Perú, quedó demostrado que realmente existían al Sur ricos países abundantes en oro, y en su consecuencia, el día 10 de marzo de 1526, ya restablecido Pizarro por completo, firmaron los tres aliados aquel famoso contrato que había de ser la ruina del poderoso reino del Perú y de la dinastía de los Incas. Por segunda vez comprometióse Luque á contribuir con veinte mil pesos en oro para una nueva expedición; los otros dos compañeros se convinieron á que cada uno percibiese una tercera parte de las tierras, gente, oro, plata y piedras preciosas que descubriesen y conquistasen. Este contrato fué jurado solemnemente con la mano puesta sobre los Evangelios, comulgando además los tres con una hostia consagrada que partieron en tres pedazos.

Los preparativos de esta segunda expedición hicieronse rápidamente, y en la primavera de aquel mismo año salieron de Panamá Pizarro y Almagro con dos barcos tripulados por ciento setenta españoles, para dirigirse en línea recta hasta la embocadura del río de San Juan. Bartolomé Ruiz, que era un excelente piloto, dirigía la expedición.

En cuantas partes de la costa desembarcaban veían á los indígenas en posesión de adornos de oro, y en un pueblo situado en la embocadura del citado río hallaron abundante botín de este metal y de piedras preciosas. Como los territorios situados más al interior eran sumamente fértiles, y, según datos de los prisioneros que los españoles hicieron, había en ellos muchas y grandes ciudades, decidió Pizarro enviar á Panamá en busca de refuerzos al barco mandado por Almagro, y hasta que volviese le esperaba él en un pueblo conquistado. Ruiz, por el contrario, recibió orden de explorar entretanto con el otro barco la costa en dirección Sur. Ambos emisarios desempeñaron perfectamente sus comisiones. Ruiz llegó hasta los dos ó tres grados de latitud meridional. Poco después de pasar el Ecuador vieron con gran sorpresa él y su gente que se dirigía hacia ellos un extraño barco con las velas desplegadas. Creyeron al principio que aquella embarcación era europea, pero fué muy grande su asombro cuando vieron al acercarse más, que toda la tripulación era indígena, y que el barco era una balsa construída de gruesos troncos de cañas, puntiaguda por la proa, y con unas bajas paredes laterales. Sobre aquellos troncos había una cubierta ó piso hecho de cañas más delgadas, en el cual se elevaba una pequeña cámara. Para hacerle navegar se servían de unas velas de algodón sujetas con cuerdas de cáñamo á mástiles bastante altos, pero delgados, y por anclas llevaban pesadas piedras. Se comprendía que iba tripulado por comerciantes en vista de los objetos que constituían el cargamento, tales como cinturones, sombreros, armaduras, adornos para la cabeza, vasijas, espejos, vestidos, gran número de joyas de oro y plata y otros objetos; veíanse también muchas balanzas, grandes y pequeñas, destinadas sin duda á pesar algunas de estas mercancías. Tanto los comerciantes que se hallaban á bordo como sus mujeres llevaban vestidos de lana muy fina, sobre los cuales, en color amarillo, negro, azul, verde, carmín y blanco, había bordadas muchas figuras de animales, como pájaros, gatos, peces, y también flores. Estas gentes subieron sin temor alguno al barco de los españoles, y según dijeron procedían de la ciudad de Túmbez, en la cual ciudad, según manifestaron por señas, había grandes templos que encerraban mucho oro y plata. No tardó en establecerse animado tráfico entre los indios y los blancos, gracias al cual obtuvieron estos últimos, á cambio de fruslerías sin valor alguno, considerable cantidad de objetos preciosos.

Después que Ruiz hubo penetrado más hacia el Sur, á los setenta días de ausencia volvió al lado de Pizarro, cuyos compañeros oyeron asombrados las halagüeñas noticias de que era portador. Poco después regresó Almagro con ochenta hombres y grandes provisiones, y con este refuerzo decidieron ir á Túmbez, y al efecto hicieron á la mar, navegando toda

la hueste en los dos barcos, que habían vuelto á reunirse, hasta llegar á la bahía de San Mateo, donde en el centro de unos grandes campos cultivados divisaron el ameno pueblo de Tacamez. Con intención de asaltarlo desembarcaron noventa españoles, pero desistieron cuerdamente de su propósito al ver que les hacía frente un ejército de diez mil combatientes. Los expedicionarios demostraron por señas que iban en actitud pacífica, en vista de lo cual bajaron los indígenas las armas amenazadoras y llevaron á los forasteros á su ciudad, compuesta de más de tres mil casas y grandes plazas plantadas de árboles, así como calles rectas cruzadas por canales.

Por todas partes veían los españoles muestras inequívocas del bienestar que disfrutaban aquellos habitantes, y en virtud de su debilidad numérica para luchar con ellos limitáronse á hacer algunas transacciones y cambios de objetos, marchando después á una isla situada á los 1°57' de latitud Norte, á la cual dieron el nombre de «Isla del Gallo.» Allí convinieron Almagro y Pizarro en que el primero volviese otra vez á Panamá en busca de más refuerzos, pues eran aún muy pocos para intentar algo contra aquellos indígenas, en tan gran número y tan bien armados.

Pizarro pensaba esperar en la isla el regreso de su compañero, pero tal pensamiento no fué aprobado por la tripulación, que había sufrido ya extraordinarias privaciones y quería volver á Panamá, como se lo expusieron á Pizarro; y habiéndose éste negado á semejante pretensión, dirigieron una carta al gobernador del Darién dentro de un ovillo de algodón pintándole su desgracia con los más negros colores, y suplicándole que les librase de una segura perdición. El escrito terminaba con estas palabras:

«Pues señor Gobernador,  
mírelo bien por entero  
que allá va el recogedor  
y acá queda el carnicero (1).»

Estos ruegos no fueron desatendidos por el gobernador Pedro de los Ríos, que había reemplazado á Pedro Arias Dávila, y no sólo prohibió á Almagro el reclutamiento de nuevas fuerzas, sino que envió inmediatamente al capitán Tafur con dos barcos á la isla del Gallo, para que recogiese á los descontentos.

La llegada de éste causó extraordinaria alegría, pues en los meses que habían permanecido en aquella desierta isla sufrieron indecibles privaciones y todas las inclemencias del tiempo. Casi todos los soldados saludaron entusiasmados á los barcos, y tan sólo Pizarro, que había recibido

(1) *El Imperio de los Incas*, del Doctor Brehm.

por ellos cartas de Almagro y de Luque diciéndole que esperase un pronto auxilio, negóse á ir á bordo, y en cuanto Tafur comunicó la orden del gobernador convocó al momento á sus soldados, trazó rápidamente con su espada una línea en la arena, púsose en la parte Sur de la misma y dijo: «Allí hacia el Sur está el Perú con sus tesoros; á vuestro lado, hacia el Norte, Panamá con su pobreza eterna. Ahora escoged. ¡Yo voy al Sur!»

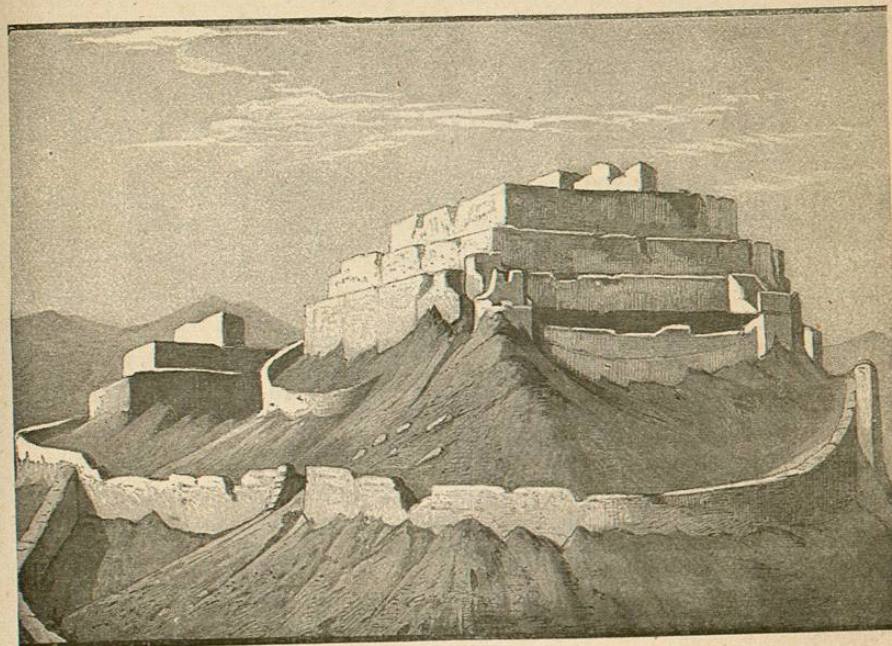
Francisco Rodriguez de Villafuerte fué el primero que se puso al lado de Pizarro, á éste siguieron el piloto Bartolomé Ruiz, Pedro de Candia, Cristobal de Peralta, Alonso Briceño, Nicolás de Ribera, Juan de la Torre, Francisso de Cuéllar, Alonso de Molina, Domingo de Soria y Luco, Pedro Alcón, García de Jerez, Antonio de Carrión, Martín de Paz, Diego de Trujillo y Alonso Ribera (1).

En atención á que Tafur les dejara muy escasas provisiones, aquellos hombres inquebrantables construyeron una balsa y se dejaron arrastrar por la corriente en dirección norte hasta la pequeña isla Gorgona, situada á los 3° de latitud Norte, por ofrecer ésta mayor abundancia de víveres. Allí permanecieron los aventureros, sufriendo las mayores privaciones, siete meses, esperando siempre que sus aliados de Panamá lograran llevarles más hombres y comestibles. Al fin asomaron por el horizonte las tan deseadas velas, mas el pequeño barco mandado por el piloto Ruiz sólo conducía provisiones de boca y municiones, pero ningún soldado. Por el contrario, era portador de la severa orden del Gobernador de que Pizarro, en el término de seis meses, volviese á Panamá con sus compañeros fuese cual fuese el resultado de su empresa.

Pero no bien Pizarro volvió á encontrarse sobre la cubierta de un buque, cuando renació de nuevo su sed de gloria y de aventuras con toda su fuerza. Otra vez dirigió la proa del barco hacia el Sur, llegando á los veinte días de navegación al gran Golfo de Guayaquil, frente á la ciudad de Túmbez, perteneciente al Imperio de los Incas. Gran asombro causó á los españoles esta ciudad magnífica, defendida por poderosas fortificaciones, y rodeada en cuanto alcanzaba la vista de llanuras verdes y bien cultivadas, surcadas por canales. Por medio de algunos indios intérpretes consiguieron entrar en amistosas relaciones con los habitantes de la ciudad, á tal punto que Pizarro pudo enviar á dos de sus hombres, Alonso de Molina y Pedro de Candía, á tierra para que llevasen algunos regalos á la primera autoridad, é investigasen al propio tiempo la situación de la ciudad. Fueron recibidos magníficamente; sobre todo Pedro de Candía

(1) Muchos cronistas españoles limitan á trece las personas que siguieron á Pizarro; Jerez, secretario de éste, dice que fueron dieciséis; Herrera habla de trece, mientras que Garcilaso de la Vega anota el nombre de las otras tres personas en su *Historia de la conquista del Perú*.

con su brillante armadura, causó entre los naturales la mayor admiración. Enseñáronles cuanto había de notable en la ciudad, conduciéndoles también al templo del Sol, que estaba vedado visitar á los profanos, y que á ellos les fué permitido por suponerlos hijos del Sol; condujéronlos además al palacio que habitaba el soberano de *Tahuantinsuyu* (así llamaban los indígenas á su país) cuando visitaba la ciudad. En ambos edificios vieron



Ruinas de una antigua fortificación peruana de Paramonga  
(Copiada por Rodolfo Cronau de un modelo peruano.)

los españoles inmensos tesoros de oro y plata; las paredes del templo estaban cubiertas de arriba á abajo de planchas de oro, y en los jardines que rodeaban el palacio había figuras de hombres y de animales hechas del mismo precioso metal.

En aquella ciudad extraordinariamente limpia reinaba el mayor orden: gran número de canales surtían de agua en abundancia á todas las calles, y árboles muy bien cuidados prestaban fresca sombra por todas partes. También la sólida fortificación rodeada de tres murallas, situada en una eminencia sobre la ciudad, fué visitada por los españoles, que vieron que el baluarte estaba pródigamente surtido de todo género de provisiones y de agua, esta última conducida por medio de cañerías subterráneas que llevaban el precioso líquido á los puntos más elevados.